

FAMILIA

— DICIEMBRE —



Señoritas Elena e Isabel Peñafiel



La hora de los libros

“EL EMPLEO DE LA VIDA”

Por SIR JOHN LUBBOCK

Lectorcita mía:

Si recorristes conmigo las páginas de “El empleo de la Vida” habrás adivinado en parte las causas que me movieron a hacer de ellas el primer tema de nuestras charlas. Digo “en parte”, porque estoy segura que este libro, al parecer tan cristalino y tan sencillo, no tiene para ambas el mismo significado y por ende las mismas razones para ser leído. Y es que, aunque tú y yo hayamos nacido en el mismo medio, aunque nos hayan brindado una educación semejante y tus gustos sean los míos, nos separa y hace diferentes ese algo indefinible y poderoso que los filósofos llaman individualidad y que William James bautizó tan lindamente con el nombre de “ecuación personal”. Iguales son para todos las letras de un libro y, sin embargo, tienen para cada alma un hechizo distinto!

Haciendo tal vez igual observación, me preguntaba desde qué punto voy a tratar este de que nos ocupamos hoy. Ah!, no temas! Ya sé que te opones a que gastemos nuestro escaso tiempo en hacer crítica, y te encuentro razón. La crítica preceptiva es estrecha; la histórica, engorrosa; la estética, asaz discutible. Nos vamos humildemente a conformar con extraer de los libros lo que creamos más útil y más asimilable para nosotras. Haremos lo que acaso llares con tu poquitín de ironía, crítica utilitaria!

Dejemos, pues, de mano en este nuestro libro, la falta de método en la distribución de la materia y la poca conexión que guardan los diferentes párrafos de los capítulos y que son parte a que antes que el libro de un hombre parezca su memorándum. Y lamentándonos de que al través de tanta cita con que está recargado, se divise muy a lo lejos el alma del autor, lleguémonos hasta el primer capítulo en el cual nos pone cara a cara con los grandes problemas del éxito en la vida. ¿Aceptarás su consejo? ¿Tratarás de extraer de tu yo todo cuanto contenga? Y especialmente, ¿estimarás tu personalidad como una materia prima que es preciso elaborar para convertirla en algo verdaderamente útil y precioso? Me imagino lo que al punto vas a contestar; me recordarás que esto es precisamente lo que las mujeres ignoramos, lo que aún las de más talento en nuestro país no han llevado a cabo. Es verdad. Yo leo los ensayos poéticos de una Mercedes Marín del Solar, de una Rosario Orrego de Uribe, para no hablar sino de aquellas que atravesaron el umbral desconocido y no me canso de lamentar que no hubiesen cultivado como merecía su gran talento, que no lo considerasen como una fuerza en germen que estaban obligadas a desarrollar. ¿Recuerdas, por ejemplo, el “Canto fúnebre a la memoria de Portales” o las últimas estrofas del Soneto-epitafio a don Manuel Vicuña?

Cumplióse aquí la ley de la natura:
 un vacío, un dolor, una memoria
 sólo deja al morir, la creatura;
 mas, si rauda se eleva hacia la gloria
 el alma eterna, resplandeciente y pura
 ¿dónde está de la muerte la victoria?

La mujer que escribió estas líneas era, sin duda, capaz de legarnos obras maestras. No las hizo, no extrajo de su Yo todo cuanto esa materia prima contenía, no tuvo presente que quien no labora el cercado y escondido huerto de su personalidad, comete un crimen de raza, substrayéndole a ésta el ejemplo, las enseñanzas, el goce que de una obra más perfecta hubiera emanado.

Y si bajamos a más cotidianos ejemplos, ¿no es verdad que a cada paso encontramos entre nuestras mujeres, talentos que jamás apreciaron ni cultivaron jamás? Cada cual lleva en sí una vocación, una afición, una habilidad, una chispa del espíritu inmortal que “como Lázaro espera que le digan: “Levántate y anda!” Imagina por un sólo momento que esos millares de genios desconocidos hubieran

aportado sus fuerzas al progreso de la humanidad e inmediatamente aparecerá ante ti la imagen de un mundo en que todos nuestros ensueños de hoy serían realidades. Aun sin salir de nuestra propia tierra, en este pueblo tal vez el más inteligente de la América, ¡cuanto talento, cuántas posibilidades perdidas! En el pobre por ignorancia, en el burgués por falta de orientaciones seguras y en los ricos ¡ay! por tantas causas, entre las cuales no son las mayores la indolencia ni la superficialidad.

Hay muchas enseñanzas en “El empleo de la vida” que, como estas, podrían tener aplicación práctica e inmediata. Los capítulos sobre el dinero, sobre la manera de practicar la filantropía tienen palpitante actualidad. El estudio de la estadística que comprueba la disminución del pauperismo y de la criminalidad en Inglaterra, desde el momento preciso en que se llevó a la práctica la ley de instrucción primaria obligatoria, puede servirnos de norma a nuestras opiniones sobre materia tan transcendental. Porque si hay un tópico sobre al cual la mujer debe influenciar hondamente, es éste de la educación pública y privada. La más alta misión de la mujer estriba en su papel de madre; pero serio no significa únicamente dar la vida a una criatura, sino cuidarla y alimentarla hasta que pueda hallar su sitio en el mundo, y sobre todo formar su alma y su inteligencia para que éstas puedan más tarde ser útiles a la sociedad en que les toca actuar. Criar el cuerpo y el alma del niño: he ahí la función materna. Lo primero, es la puericultura; lo segundo, la educación, y para realizar ambas con igual éxito, debe estar preparada toda mujer.

Si como resultado de la lectura de este buen libro principiáras, amiga mía, a preocuparte más de cerca del cultivo de la personalidad y del fomento de la educación, los manes del autor seguramente se sentirían regocijados, porque habría cumplido contigo su destino, el destino del espíritu humano, cual es, el de salvar las fronteras del espacio y del tiempo, y ofrecer en todas las tierras la bendición de sus frutos.

Sin embargo, no deseo dejar tu amable compañía, sin aludir a los capítulos que tratan de la esperanza y de la caridad. Los encuentro tan bien inspirados, tan adaptables a las necesidades del alma femenina que me parece que deberíamos darnos la tarea de leerlos, cada vez que los pesares rindiesen nuestras fuerzas o hicieran vacilar la llama consoladora de la fe.

Hay mujeres, que llevadas de su amor a la belleza, tienen álbums en qué guardar las poesías que más de cerca han tocado su inteligencia o su corazón, de modo que pueden releerlas cada vez que ansian un olvido, un consuelo o una enseñanza. ¿Por qué no podría hacerse otro tanto con los bellos pensamientos? Cuántos podrían extraerse de este libro, cuántos que además de hechizarnos con la perfección de su forma nos diera una enseñanza práctica de virtudes! Si, para concluir, me obligaras a escoger dos entre todos ellos, yo elegiría los siguientes:

“Sostened con valor vuestras opiniones. Es cierto que alguien se burlará a veces de vosotras, pero esto no os hará daño ninguno. No hay ridiculez en presentarse como se es verdaderamente; lo ridículo consiste en aparentar lo que no se es”.

“No juzgues a tu hermano; nunca podrás conocer todos los secretos de su cerebro y de su corazón. Lo que parece una mancha a tus ojos oscurecidos, pudiera no ser, a la pura luz de Dios, más que una cicatriz dejada en su frente por algún duro combate victorioso, en el cual hubieras desmayado y sucumbido tú”.

AMANDA LABARCA HUBERTSON.

Nota.—El próximo artículo versará sobre “Sésamo y azucenas” de John Ruskin.

